

Universidades



UNION DE UNIVERSIDADES DE AMERICA LATINA



ENERO a JUNIO 1993

Nº 5

AÑO XLIII
NUEVA EPOCA
12.00 N PESOS/ 4 DLS.
ISSN0041-89351

UNIVERSIDADES

DIRECTOR

Dr. Abelardo Villegas

COMITE EDITORIAL

Orlando Alborno, Luis F. Bernal Tavares, J. Rafael Campos Sánchez, Luiz A. Da Cunha, Jorge Mario García Laguardia, Martín López Avalos, Carlos Pallán Figueroa, Ignacio Sosa Alvarez.

EDITORES

Luis F. Bernal Tavares y Martín López Avalos

DISEÑO DE PORTADA

Casa-SUA COYOACAN

DISEÑO INTERIOR

Casa-SUA COYOACAN

SUSCRIPCION Y VENTAS

Víctor Manuel González Pérez

OFICINAS

Edificio UDUAL, Ciudad Universitaria, Apartado Postal 70-232, Delegación Coyoacán, C.P. 04510, México, D.F.

ILUSTRACIONES DE ESTE NUMERO :

Casa-SUA COYOACAN

UNIVERSIDADES es una tribuna para el pensamiento universitario en general y muy particularmente para el que emana de las instituciones afiliadas a la Unión de Universidades de América Latina. Por lo tanto, el material que publicamos es representativo de múltiples sectores de opinión.

UNIVERSIDADES aparece semestralmente

Impreso:

Talleres del Sistema Universidad Abierta
Universidad Nacional Autónoma de México
Presidente Carranza No. 162
Coyoacán, Centro, C.P. 04000
México, D.F.

**DIRECTORIO DEL CONSEJO EJECUTIVO
DE LA UNION DE UNIVERSIDADES DE
AMERICA LATINA**

MIEMBROS DE CONSEJO EJECUTIVO

Presidente:

Dr. José Sarukhán Kérmez
Rector de la Universidad Nacional
Autónoma de México. (México, D.F.)

Vicepresidentes:

1er. Vicepresidente (Región Andina)
Dr. Jorge Enrique Molina
Rector de la Universidad Central,
(Bogotá, Colombia)

2do. Vicepresidente (Región México y el Caribe)

Dr. Julio Ravelo Astacio
Rector de la Universidad Autónoma de
Santo Domingo; (República Dominicana)

3er. Vicepresidente (Región Centroamérica)

Dr. Alfonso Fuentes Soria
Rector de la Universidad de San Carlos
de Guatemala, (Guatemala, C.A.)

4to. Vicepresidente (Región Cono Sur)

Dr. Jorge Broveto
Rector de la Universidad de la
República del Uruguay, (Montevideo)

Vocales:

Vocal de Investigación Científico Técnica
Dr. Simón Muñoz
Rector de la Universidad Central de
Venezuela, (Caracas)

Vocal de Cooperación y Estudio

Dr. Wilson Reategui Chávez
Rector de la Universidad Nacional Mayor
de San Marcos, (Lima, Perú)

Vocal Docencia

Dr. Avelino J. Porto
Rector de la Universidad de Belgrano,
(Buenos Aires, Argentina)

Vocal de Desarrollo Institucional

Ing. J. Jesús Perez Hermosillo
Rector de la Universidad Autónoma de
Querétaro, (México)

Secretario General:

Dr. Abelardo Villegas Maldonado
(México, D.F.)

Departamento de Publicaciones:

Luis Bernal Tavares
Martín López Avalos

Gaceta UDUAL aparece trimestralmente

2
Presentación

3
Cartas a los Editores

5
Conocimiento y Desarrollo
Unico Camino para la América Latina

8
Entrevista al
Rector José Sarukhán

13
Ciencia y Tecnología en
las Universidades Latinoamericanas

21
Autonomía Universitaria
y Universidad Pública

25
La Universidad de México en el Siglo XIX

32
Experiencias de la Política de Admisión
en las Universidades Cubanas

40
Universidad Andina Simón Bolívar

45
Interacción Universidad-Empresa
Caso UNICAMP

53
Cambios Sociales en América Latina Central
durante la Segunda Mitad del Siglo XX

60
Encuentro Interamericano
de Sindicatos Universitarios
y de la Educación Superior

65
Reseñas Bibliográficas

*í
n
d
i
c
e*

CAMBIOS SOCIALES EN AMERICA CENTRAL DURANTE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX

Francisco Lizcano *

Al mediar el presente siglo, en América Central comienzan a producirse grandes transformaciones sociales, que aconsejan considerar tal momento como el principio de un nuevo periodo en la historia social de la región. De esta manera, la situación forjada a partir de las reformas liberales, implementadas desde la década de 1870, se verá sometida a profundas modificaciones. Ante todo, se produjo una explosión demográfica que tuvo dos consecuencias principales: un acelerado proceso de urbanización y la ocupación de gran parte de los territorios que tradicionalmente habían exhibido bajísimas densidades de población; la cual había venido estando compuesta con frecuencia por grupos étnico-culturales no hispanohablantes y bastante desvinculados económicamente de estos últimos. La principal causa de dicha explosión demográfica fue la caída brusca de la tasa de mortalidad, que alcanzó porcentajes similares a los de los países llamados desarrollados. Por otro lado, se transformó de manera constante durante todo el periodo la estructura social, por lo menos en tres sentidos. Cambiaron las importancias relativas de los grandes grupos preexistentes, al aumentar los porcentajes de la población económicamente activa (PEA) ocupada en los sectores secundario y, sobre todo, terciario, al tiempo que disminuían los relacionados con las

actividades agropecuarias, aunque todavía éstas involucraban altas proporciones de la PEA al final del periodo. Variaron las características de algunos de los grupos previos, como los que habitando zonas rurales vieron monetarizarse sus economías. Por último, surgieron nuevos grupos sociales, como los vinculados con la producción fabril, los sectores informales urbanos y los integrantes de ciertos sectores medios.

Explosión demográfica, urbanización y desplazados por motivos políticos

La población de los países centroamericanos se duplicó en menos de veinticinco años a partir de 1950, con excepción de Belice que, siguiendo la pauta del promedio iberoamericano, no duplicó su población sino un poco después de 1975. Esta explosión demográfica, que en Centroamérica presentó perfiles todavía más acusados que en el conjunto iberoamericano, tuvo sus primeras manifestaciones, a nivel centroamericano, en Costa Rica y Guatemala durante la primera mitad de los años treinta, cuando ambos países alcanzaron una tasa de crecimiento igual o superior al 2%. En los primeros años de la dé-

* Facultad de Humanidades, Universidad Autónoma del Estado de México.

cada siguiente, todos los países de la región superaban esta tasa, menos El Salvador, y durante la década de 1950 en ningún caso fue inferior al 2.5%: la explosión demográfica estaba en su apogeo. El debilitamiento de esta explosión todavía no se percibe con claridad, salvo en Costa Rica y Panamá. En el quinquenio de 1985-1990 ningún país tuvo una tasa de crecimiento inferior a 2 puntos, con excepción de El Salvador, cuyo crecimiento demográfico se ha visto seriamente afectado en la última década, a consecuencia de la guerra civil que ha padecido. Según las estimaciones del CELADE, sólo Costa Rica y Panamá concluirían el siglo con tasas de crecimiento inferiores a dos puntos, situación que quizás sea similar en el caso de Belice, según parecen indicar las tasas relativamente bajas que tiene desde los setenta.

La causa de tal explosión demográfica fue el fuerte descenso de la tasa de mortalidad, que a comienzos de siglo superaba en todos los países centroamericanos las 20 y en ocasiones las 30 defunciones por mil habitantes. En el quinquenio de 1950-1955 Costa Rica, El Salvador y Panamá ya tenían tasas inferiores a 20 por mil; en la primera mitad de la década siguiente ningún país alcanzaba esta cifra. En los años posteriores este indicador, que siempre ha sido más favorable a Costa Rica y Panamá, continuó descendiendo de manera constante en todos los países hasta llegar al quinquenio 1985-1990, durante el cual ninguno de ellos rebasó las 10 muertes por mil habitantes. Esta tasa es similar a la de los llamados países desarrollados, aunque en estos la mayor edad de la población hace que, pese a que su mortalidad infantil sea muy inferior a la de las naciones centroamericanas, la total sea similar.

El otro factor que posibilitó el rápido crecimiento de la población fue el ligero aumento, y en ocasiones el ligero aumento, de las altas tasas de natalidad tradicionales, que solían superar los 40 nacimientos anuales promedio por mil habitantes. También en este caso, los primeros que comienzan a manifestar un cambio son Costa Rica y Panamá, los cuales a fines de los sesenta tienen tasas inferiores a 40 por mil, y al terminar los ochenta inferiores a 30, mientras en Guatemala y Nicaragua eran todavía en estas fechas superiores a 40 por mil. Dicho descenso a tasas relativamente bajas --en los países desarrollados son inferiores a 20-- permite afirmar que estos dos países concluirán el siglo con crecimientos inferiores al de los demás países de la región. Esta evolución ha determinado la impresionante juventud de la población de la región. Alrededor de la mitad de la población de El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua, es menor, en la actualidad, de quince años, y en Costa Rica cerca del 40% es menor de esta edad.

En estrecha vinculación con la explosión demográfica descrita se produjeron dos procesos que cambiaron notablemente el paisaje del Istmo: el de la urbanización y el de la colonización por hispanohablantes de amplios territorios que con anterioridad habían sido habitados casi exclusivamente por pequeños grupos, más vinculados con tradiciones culturales indígenas, africanas o anglosajonas, que por la mestiza hispanohablante. Este proceso fue particularmente notorio en Costa Rica y Nicaragua, donde los grandes espacios casi deshabitados en 1950 fueron ocupados en las décadas siguientes por el grupo étnico-cultural mayoritario en ambos países: el mestizo hispanohablante. En Honduras,

Guatemala y Panamá también fue notable este proceso, aunque en estos tres países todavía permanecen extensas porciones de ellos sin colonizar. El único país de la región donde no tuvo lugar este proceso fue El Salvador, dado que ya no había tierras por colonizar en él al comenzar el periodo. Sin embargo, los habitantes de este pequeño país, que tiene una de las densidades de población más elevadas del continente americano, contribuyeron en una medida significativa a la ocupación del espacio hondureño.

En 1950 la población rural era superior al 60% en todos los países de la región. Por el contrario, en 1990 la población urbana alcanza en Nicaragua el 60%, alrededor del 50% en Costa Rica, El Salvador y Panamá, y aproximadamente el 40% en Guatemala y Honduras. Sin embargo, en todos los casos este porcentaje de urbanización está muy por debajo del referido al promedio iberoamericano, que alcanza actualmente el 70%. En general, la tasa de crecimiento de la población urbana centroamericana se fue incrementando paulatinamente desde 1950, pero sólo en los setenta u ochenta se elevó por encima de la referida al conjunto iberoamericano, de manera que las diferencias ya existentes entre los porcentajes de urbanización de los dos ámbitos --centroamericano e iberoamericano-- probablemente aumentaron durante el periodo estudiado si lo consideramos en su totalidad.

Los porcentajes mencionados se refieren a la población estimada como urbana en los censos realizados en cada país; la cual incluye, en general, las cabeceras municipales, aunque tengan poblaciones muy reducidas, así como actividades fundamentalmente agropecuarias. Por ello, para tener una idea más precisa de la situación de la población

urbana conviene tomar en consideración, además de lo ya expuesto al respecto, los porcentajes de la población que vive en localidades con más de 20 000 habitantes, así como los datos sobre la PEA ocupada en actividades agropecuarias, tema este último que será tratado en el apartado siguiente.

Al mediar el presente siglo, la población que vivía en localidades de más de 20 000 habitantes representaba en la mayoría de los países centroamericanos porcentajes muy reducidos con respecto a la población total, aunque similares a los de otros países iberoamericanos, como Bolivia, Ecuador o Perú. En concreto, dentro del ámbito istmeño, este porcentaje sólo era superior a los 20 puntos en Belice y Panamá, en los que se elevaba a 37 y 28.2% respectivamente. El aumento de esta proporción fue rápido y constante durante las tres décadas siguientes en todos los países de la región, con excepción de Belice, nación donde disminuyó de manera significativa. En El Salvador y Nicaragua se había elevado en sólo veinte años al 21% y al 31%, respectivamente. Aunque en este sentido no se cuenta con cifras posteriores a 1970 sobre los dos países citados, todo hace suponer que los porcentajes actuales son mucho más elevados que los mencionados, pues la guerra que ambos sufrieron en los últimos diez años aceleró sin duda el ritmo de crecimiento de sus ciudades más populosas y, en concreto, de sus capitales.

En los otros países de la región las poblaciones con más de 20 000 habitantes también agrupaban a más del 20% de las poblaciones totales nacionales en 1980, último año del que se tienen datos al respecto. En Panamá este porcentaje superaba los 40 puntos, en Costa Rica los 30 y en Belice, Guatemala y Honduras no alcanzaba esta última cifra,

situándose así entre los países iberoamericanos con un porcentaje más reducido en este sentido. Como con frecuencia sucedía en el continente, fueron las ciudades capitales las que, en general, se beneficiaron en mayor medida de este proceso de urbanización, aunque las diferencias entre las proporciones de la población total que acogen estas localidades son muy significativas en Centroamérica, al variar desde la décima parte en el caso de Tegucigalpa hasta la tercera en el caso de la ciudad de Panamá.

Los desplazados al interior de sus propios países o fuera de ellos son una de las manifestaciones más dramáticas de la intensa violencia padecida durante los últimos diez años en tres países de la región: entre dos y tres millones de personas fueron arrancadas de sus hogares en esta década. Los salvadoreños fueron quienes sufrieron de una manera más intensa esta tragedia: alrededor de un millón, es decir, la quinta parte de la población total de El Salvador, se vieron impelidos a emigrar al extranjero, al tiempo que otra décima parte aproximadamente fue desplazada hacia otros lugares dentro de su propio país. Estados Unidos fue el destino de la mayoría de los salvadoreños que salieron al exterior, siendo México y Guatemala los otros polos de atracción principales. En Guatemala es muy posible que la población desplazada al interior del país haya sido mayor que la que salió del mismo; la cual se dirigió en proporciones similares a Estados Unidos, México y otros países centroamericanos. Aunque las cifras al respecto no son muy fidedignas, se estima que cerca de medio millón de guatemaltecos fueron forzados, en general de manera violenta, a cambiar de residencia dentro de su propio país. El problema de las migraciones motivadas por cuestiones políticas también

adquirió en el caso de Nicaragua el rango de tragedia nacional. Varias decenas de miles de nicaragüenses salieron del territorio donde nacieron hacia Estados Unidos, Honduras y Costa Rica, mientras que unos 300 000 tuvieron que trasladarse a otros lugares dentro de la propia Nicaragua.

Cambios de ocupación

Uno de los temas cuyo tratamiento resulta fundamental para percibir la magnitud y significación de las transformaciones operadas en la estructura social de una sociedad es el relativo a la evolución de las actividades económicas desempeñadas por su población. En este sentido, los cambios ocurridos en América Central han sido notables entre 1950 y 1980, último año del que se tienen datos precisos, aunque todo hace suponer que el ritmo de tales mutaciones se ha mantenido, o incluso agudizado en países como El Salvador y Nicaragua, durante la década siguiente. En primer lugar, se produjo un significativo descenso de la importancia relativa de la PEA agropecuaria, en clara relación con el proceso de urbanización ya señalado, en beneficio sobre todo del sector terciario, tanto en lo relativo al comercio como en lo referido a los servicios. En segundo lugar, aunque las variaciones porcentuales de la PEA ocupada en el sector secundario no fueron cuantiosas, surgieron grupos de empresarios y obreros vinculados a la producción fabril moderna, que eran casi inexistentes antes de 1950. En tercer lugar, se forjaron nuevos grupos sociales de medios y altos ingresos, vinculados con la modernización de los sectores secundario y terciario, en cuyo desarrollo el

Estado tuvo un papel relevante. Por último, se debe señalar que si estos cambios, en contra de lo que cabría suponer desde ciertos enfoques teóricos, no se tradujeron en un aumento sustancial del porcentaje de asalariados en la región, ello se debió a que el sector informal no agrícola tuvo aumentos notables, aunque en la mayoría de los países este incremento fue algo inferior al del sector moderno no agrícola.

Los altos porcentajes de la dependencia demográfica, es decir, el porcentaje de la población menor de 15 años y mayor de 64 sobre la población de 15 a 64 años, comunes a la mayor parte de Iberoamérica, son reflejo fundamentalmente de la gran proporción de población joven ya señalada. La dependencia demográfica sólo comenzó a disminuir, por tanto, con el abatimiento de la natalidad y del crecimiento natural de la población. Por ello, en América Central este descenso sólo es notable y continuo, a partir de los setenta, en Costa Rica y Panamá, lo que les permite llegar a 1990 con porcentajes de dependencia inferiores a 70 puntos. En los otros cuatro países de América Central --de Belice no se tienen datos al respecto-- estos porcentajes continúan superando los 90 puntos en la actualidad.

Dos cuestiones deben destacarse de la evolución de la PEA. Por un lado, el aumento de la urbana por encima de la rural, reflejo del proceso de urbanización mencionado, y de los cambios de actividad económica, que se estudian a continuación. Por otro, el fuerte incremento de la PEA femenina transformó el perfil sexual de la fuerza de trabajo. En 1950, la PEA femenina no alcanzaba en ninguno de los países de la región el 20% de la población femenina en edad activa. Por el contrario, en 1988 este porcentaje no era

inferior en ningún caso al 24%, situándose en Costa Rica, El Salvador y Nicaragua por encima del 30%; proporción elevada en el ámbito iberoamericano. Paralelamente, el porcentaje de la PEA femenina en relación a la total fue creciendo y en la última fecha citada sobrepasó en todos los casos el 25%.



El aspecto más notable de la evolución de la PEA ocupada por ramas de actividad fue el descenso relativo de la ocupada en el sector primario aunque, en la mayoría de los países de la región la proporción de ésta seguía siendo muy elevada en 1980. Costa Rica y Panamá, los países que en 1950 tenían un porcentaje de la PEA agropecuaria más reducido a nivel regional, aunque era superior al 50%, exhibían uno en 1980 que rondaba los 30 puntos. En Nicaragua este porcentaje disminuyó de 69 puntos en 1950 a 42 en 1980, mientras que en El Salvador, Guatemala y Honduras dicho porcentaje representaba en esta última fecha a más de la mitad de la población, pese a su fuerte disminución. Es interesante resaltar que, a pesar de tal dinámica, la actividad agropecuaria era el sector que ocupaba más trabajadores en todos los países de la región, con la excepción de Panamá, donde el sector de servicios ocupaba un

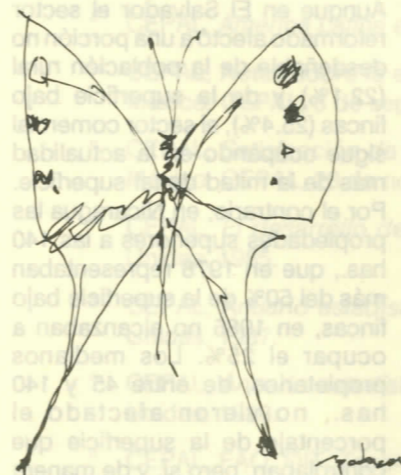
porcentaje ligeramente superior al agropecuario.

El sector económico que más se benefició en general del descenso de la PEA agropecuaria fue el de servicios, que en 1980 llegó a constituirse en el sector que ocupaba más mano de obra después del agropecuario, con las excepciones de Panamá, donde era el que ocupaba más trabajadores, y de Honduras, donde ocupaba menos trabajadores que la industria. En 1980, el sector servicios ocupaba a un 11% de la PEA en este país y un 14% en Guatemala, pero en los otros cuatro países ocupaba más de un quinto de la población económicamente activa total.

La ocupación en el comercio creció también con intensidad, y en ocasiones fue más dinámica que los servicios. Pero su escaso porcentaje en 1950 hizo que la PEA ocupada en tal sector, para 1980, representara el porcentaje más reducido de los cuatro sectores económicos considerados, menos en Panamá, donde en esta última fecha el comercio ocupaba una proporción de esta población activa ligeramente superior al sector industrial.

La importancia cuantitativa de la PEA industrial fue la que conoció un menor dinamismo en el periodo estudiado, no alcanzando en ningún caso al final del mismo el 17% del total, salvo en Costa Rica. La razón de este escaso dinamismo de la PEA industrial, paralelo al notable crecimiento de la producción del sector secundario, radica en que buena parte del empleo y de la producción generados por el subsector fabril para satisfacer la demanda creciente de bienes --derivada del aumento de la población y de los niveles de vida de ésta--, lo consiguió sustituyendo a la industria artesanal, que los venía produciendo tradicionalmente con un uso más intensivo de mano

de obra, aunque con menor productividad. Aun cuando la producción artesanal sigue jugando en la actualidad un papel importante, ya en 1975, después de unos quince años de notable desarrollo industrial, el empleo fabril superaba al artesanal en El Salvador, Nicaragua, Costa Rica y Panamá. De esta manera, pese a que el empleo artesanal seguía creciendo en términos absolutos, aunque en menor proporción que el fabril, se fueron forjando en Centroamérica grupos obreros modernos.



Con la modernización de la industria y la modernización y ampliación de las actividades terciarias fueron creciendo también los sectores tradicionales de ingresos medios y altos, al tiempo que aparecían sectores nuevos con un poder adquisitivo similar a los anteriores. Los grupos de administradores, gerentes, profesionales, técnicos y empleados de oficinas, casi inexistentes en 1950, cobraron significación en las décadas posteriores. En Costa Rica y Panamá estos grupos integraban en 1980 a más del 20% de la PEA y en los otros cuatro países alrededor del 10% de la misma. El notable crecimiento de la PEA femenina, muy reducida tradicionalmente por no estar

integrada a las tareas agropecuarias mayoritarias, se debió en buena medida a la incorporación de las mujeres a estas nuevas ocupaciones. Por otra parte, no debe olvidarse que en la ampliación de estos sectores de poder adquisitivo alto y medio, el sector público jugó un papel importante, tanto para los varones como para las mujeres. En la década de 1980, el sector público llegó a tener una importancia fundamental en el empleo en Costa Rica, Guatemala, Nicaragua y Panamá. Este hecho se deriva lógicamente de la ampliación durante el periodo de los servicios sociales administrados por el Estado, pero también de su mayor ingerencia en la vida económica, que determinó la creación de nuevas instituciones estatales y paraestatales, con el consiguiente aumento de la demanda de mano de obra calificada.

Los cambios mencionados no se tradujeron en un aumento significativo de la proporción de trabajadores asalariados en relación con los patronos, los trabajadores por cuenta propia y los familiares no remunerados. En ningún caso, con excepción de Honduras, los trabajadores asalariados vieron incrementarse su importancia en un porcentaje superior a los 10 puntos, entre 1950 y 1980. En esta última fecha, tal categoría ocupacional representaba un 75% en Costa Rica y un 63% en Panamá, pero en los otros cuatro países no rebasaba el 60%, y se situaba por debajo del 50% en Guatemala y Honduras. Esta evolución contradice la tesis de que el desarrollo del capitalismo o la llamada modernización, que sin duda se vio notablemente impulsado durante estos años, tiene como una de sus características fundamentales la desposesión de los trabajadores de sus medios de producción. Por tanto, según se hace patente en el caso centroamericano, no debe creerse que el desarrollo del

capitalismo lleva consigo, necesariamente, el incremento, por lo menos significativo, de las relaciones sociales asalariadas; ni mucho menos se debe tomar como indicador del grado de desarrollo del capitalismo la evolución de las relaciones de trabajo asalariadas. Una de las causas del relativamente escaso incremento de la PEA asalariada fue, sin duda, la expansión del sector informal urbano de la economía que, hacia 1982, tenía en las áreas metropolitanas de la región un reducido porcentaje de asalariados que oscilaba entre el 38 y el 20%.

A nivel regional, los porcentajes de la PEA no agrícola ocupados en los sectores moderno e informal no variaron significativamente entre 1950 y 1980, lo cual se tradujo en que, dada la disminución generalizada de la PEA agropecuaria, los porcentajes de dicha población ocupados en ambos sectores se incrementaron de manera importante y similar en relación a la PEA total. Sin embargo, este comportamiento promedio de la región, esconde variaciones nacionales notables. En Costa Rica, El Salvador, Guatemala y Panamá, la PEA informal no agrícola creció a un ritmo ligeramente menor que la PEA moderna, mientras que en Honduras y Nicaragua sucedió lo contrario. En todos los países de la región, el porcentaje de la PEA no agrícola moderna ha sido claramente superior al de la PEA no agrícola informal, tanto al comienzo como al final del periodo. Sin embargo, al final del mismo la cuantía de uno y otro mostraba variaciones importantes en los distintos países: desde la situación de Costa Rica, en donde el sector informal moderno no agrícola ocupaba a un 14% de la PEA no agrícola, hasta la de Guatemala, donde este porcentaje se elevaba a 38 puntos.

De esta manera, el porcentaje del sector moderno de la PEA no agrícola en relación a la total conoció en todos los países incrementos substanciales, aunque en 1980 mostraba grandes diferencias entre los países de la región. En Costa Rica y Panamá, donde ya era superior en 1950 a los otros países de la región, tal porcentaje superaba el 50% treinta años después; mientras que en las otras cuatro naciones oscilaba entre el 24 y el 30%. No obstante, la participación del sector informal siguió siendo importante, incluso en el sector manufacturero de las áreas metropolitanas de la región, al representar desde un 15% de la PEA ocupada en él, en el caso de Panamá, hasta un 40% en el caso de Nicaragua.

La primera cuestión que se pone de relieve al estudiar la evolución de la tenencia de la tierra en las últimas cuatro décadas es la ausencia de cambios estructurales, salvo los que se produjeron durante los años ochenta en El Salvador y, sobre todo, en Nicaragua. La profunda desigualdad ha sido la característica fundamental, compartida por todos los países integrantes de la región, en la distribución de la tierra en Centroamérica durante este periodo. (Se dejan de lado por ahora las situaciones derivadas de las dos reformas agrarias mencionadas, de las que nos ocuparemos más adelante). A pesar de esta característica común, cuya raíz se encuentra en las reformas liberales de las últimas décadas del siglo pasado, se deben distinguir dos tipos de estructuras agrarias en la región, según la importancia relativa que han tenido en la segunda mitad del siglo XX las fincas familiares en cada una de ellas, pues este dato pone de relieve la significación del único estrato social de la población rural que al mismo tiempo puede ser numeroso, como por definición no lo pueden

ser los terratenientes, y gozar de cierta autonomía, característica impensable entre jornaleros y minifundistas.

Al primer tipo, pertenecerían las estructuras agrarias de Costa Rica, Nicaragua (antes de la revolución de 1979) y Panamá. En estos países, las fincas familiares han representado porcentajes relativamente significativos en relación al total del número de fincas. Aunque entre 1950 y 1975 en Costa Rica y Nicaragua este porcentaje haya disminuido, al tiempo que ascendía en Panamá, en ningún caso fue inferior al 20%, es decir, una de cada cinco fincas podía gozar en estos tres países de cierta autonomía. Sin embargo, este hecho no significa que las estructuras agrarias de estas naciones no contuvieran desigualdades profundas. Por el contrario, Costa Rica y Nicaragua han sido los países donde las grandes fincas ocupaban porcentajes más altos de la superficie bajo fincas, que en ambos casos superaban los 80 puntos, y donde este porcentaje referido a las fincas familiares era más pequeño.

El segundo tipo integraría a El Salvador (antes de la reforma agraria de principios de los ochenta), Guatemala y Honduras, en los cuales el porcentaje de fincas familiares en relación al número total de fincas era inferior al 20%. Con respecto a estos tres países, la situación ha sido un poco más favorable en Honduras, donde tal porcentaje cayó por debajo del mencionado 20% entre 1950 y 1975, al situarse en un 16.7% en esta última fecha. Pero en El Salvador y Guatemala nunca fue superior al 10%. En ambos países la desigualdad es impresionante: más del 88% de las fincas son insuficientes por su tamaño para el sustento de una familia, mientras que poco más del 2% de las fincas han ocupado, entre 1950 y 1975, entre el 50 y el 72% de la superficie bajo fincas.

Es conveniente señalar que en El Salvador y Guatemala, donde la desigualdad de la estructura agraria ha sido más intensa, las grandes fincas han ocupado un porcentaje de la superficie total bajo fincas menor que en Nicaragua (antes de la revolución) y Costa Rica. Ello demuestra que tal indicador no debe considerarse de manera aislada, como se hace con frecuencia.

De las dos reformas agrarias ocurridas en América Central en las últimas décadas, la nicaragüense ha sido bastante más profunda que la salvadoreña. Aunque en El Salvador el sector reformado afectó a una porción no desdeñable de la población rural (22.1%) y de la superficie bajo fincas (25.4%), el sector comercial sigue ocupando en la actualidad más de la mitad de tal superficie. Por el contrario, en Nicaragua las propiedades superiores a las 140 has., que en 1978 representaban más del 50% de la superficie bajo fincas, en 1985 no alcanzaban a ocupar el 25%. Los medianos propietarios, de entre 45 y 140 has., no vieron afectado el porcentaje de la superficie que controlaban, pero sí, y de manera negativa, los minifundistas y los pequeños campesinos. Los grandes beneficiarios fueron los sectores cooperativo y estatal, cada uno de los cuales se extendió sobre el 20% de la superficie bajo fincas. Actualmente, el futuro de la reforma agraria implementada por el Frente Sandinista de Liberación Nacional está en entredicho, pues a raíz del triunfo electoral de Violeta Barrios de Chamorro, han surgido fuertes presiones que pretenden restaurar la situación prerrevolucionaria. Sin embargo, no resulta muy probable que ello suceda, pues la nueva estructura agraria generó intereses y fuerzas sociales poderosas que defienden los cambios ocurridos en el campo, por lo menos en lo que tuvieron de redistribución de la riqueza.

BIBLIOGRAFIA

- AGUAYO, Sergio, *El éxodo centroamericano*, México, SEP, 1985.
- BAIRES MARTINEZ, Yolanda, "La población económicamente activa en Centroamérica, 1950-1980", *Anuario de estudios centroamericanos*, XI, 2, 1985.
- BID, *Progreso económico y social en América Latina. Informe 1985*, Washington, BID.
- CELADE, *Boletín demográfico* 34, Santiago de Chile, julio 1984.
- CELADE, *Boletín demográfico* 42, Santiago de Chile, julio 1988.
- CELADE, *Boletín demográfico* 45, Santiago de Chile, enero 1990.
- CEPAL, *Población y desarrollo en América Latina*, México, FCE, 1975.
- CEPAL, *América Latina en el umbral de los años 80*, Santiago de Chile, CEPAL, 1979.
- CEPAL, *Notas sobre la evolución del desarrollo social del istmo centroamericano hasta 1980*, México, CEPAL, 3 de septiembre de 1982.
- CEPAL, *Satisfacción de las necesidades básicas de la población del istmo centroamericano*, México, CEPAL, 23 de noviembre de 1983.
- CEPAL, *El desarrollo de la seguridad social en América Latina*, Santiago de Chile, Naciones Unidas, 1985.
- CEPAL, *Anuario estadístico de América Latina y el Caribe 1987*, Santiago de Chile, Naciones Unidas, 1987.
- CEPAL, *Anuario estadístico de América Latina y el Caribe 1988*, Santiago de Chile, Naciones Unidas, 1988.
- CEPAL, FAO, OIT, *Tenencia de la tierra y desarrollo rural en Centroamérica*, San José, EDUCA, 1976.
- GALLARDO, María Eugenia, LOPEZ, José Roberto (coords.), *Centroamérica: La crisis en cifras*, San José, IICA-FLACSO, 1986.
- GARCIA, Ana Isabel, GOMARIZ, Enrique, *Mujeres centroamericanas*, San José, FLACSO, 1989.
- LIZCANO FERNANDEZ, Francisco, *América Central en la segunda mitad del siglo XX. Estructura social y niveles de vida*, Toluca, México, Universidad Autónoma del Estado de México, (en prensa).
- MAYORGA QUIROS, Román, *El crecimiento desigual en Centroamérica, 1950-2000*, México, Colegio de México, 1983.
- PREALC, *Mercado de trabajo en cifras. 1950-1980*, Ginebra, OIT, 1986.
- PREALC, *Cambio y polarización ocupacional en Centroamérica*, San José, EDUCA-OIT, 1986.
- PREALC, *Centroamérica: Acerca del empleo, la estructura y el cambio agrario*, San José, FLACSO, 1989.
- SANCHEZ ALBORNOZ, Nicolás, *La población de América Latina desde los tiempos precolombinos al año 2000*, Madrid, Alianza, 2ª ed., 1977.
- TORRES RIVAS, E., JIMENEZ, Dina, "Migración y refugiados en Centroamérica", *Anuario de estudios centroamericanos*, XI, 2, San José, 1985.
- VARIOS, *Los refugiados centroamericanos*, Heredia, Costa Rica, Universidad Nacional, 1987.